

Capítulo 1: Octubre

La semana pasada recibí un paquete en mi domicilio. No tenía remitente. Dentro, una vieja caja de madera. Al agarrarla noté su aspereza. Estaba repleta de tallas preciosas, algunas de ellas milimétricas. La abrí y vi un pergamino mal doblado; arrugado. Me costó percibir sus tonos claros, tintados en sepia por el tiempo, puesto que estaba completamente cubierto de polvo y suciedad, como si llevase ahí dentro más años que el propio interior de la caja. Pensé que podrían haberse confundido con el envío. Cerré la caja y la dejé encima de la mesa del salón. Ese día me costó conciliar el sueño. Sentía su presencia.

A la mañana siguiente decidí que esa misma tarde iría a preguntar a la empresa de reparto para asegurarme de que no había sido un error. Pero jamás lo hice. Ese día desaparecieron algunos materiales en mi trabajo. Nadie lo notaría.

Por fin estaba en casa. Esa maldita caja de madera había pasado todo el día dentro de mi cabeza. Por suerte volvía a estar en la mesa del salón. Me puse unos guantes de látex y utilizando unas pinzas quirúrgicas lo extendí sobre una hoja de papel crepado. La cara interior del pergamino estaba mucho más limpia que la exterior, lo cual no tenía excesivo mérito. Cuando lo desdoblé vi un conjunto de trazos, símbolos y borrones. Al fijarme mejor en los trazos respiré aliviado. Algunos de ellos, situados en la esquina superior derecha, formaban una palabra que reconocí. Era mi nombre. El resto de trazos se juntaban con los símbolos y los borrones para formar el dibujo de lo que parecía una isla con abundante vegetación. Sobre ella, un símbolo destacaba sobre el resto. «La equis marca el lugar», pensé. Quien me hubiera mandado esto me conocía y sabía que mi fascinación por el misterio me obligaría a indagar.

Lo cierto es que, a mi pesar, desde que abrí esa caja no hay espacio para nada más en mi mente. Dedico todo mi tiempo libre, y parte del ocupado, a investigar e intentar averiguar más sobre esa isla, esos símbolos, ese mapa.